

## Un corazón en fiesta

La modernidad nos hizo calculadores, fríos, indiferentes. Creó un abismo entre corazón y cerebro. Dictó leyes, normas para enfriar más nuestras relaciones. Basta con ser un buen observante, así desaparezcan el sentimiento, el afecto, la pasión. Muchos creyentes participan de esta óptica en sus convicciones religiosas. Les da seguridad y tal vez, hasta ahí lleguen con sus prácticas, devociones y cumplimiento de rituales.

La Biblia nos traza un camino que nos hace encontradizos entre Dios y cada ser humano. Tal vez, todo conduzca al encuentro entre el Padre y su “hijo pródigo”. Al Padre se le salen los ojos a la expectativa de cuándo y por dónde llega su hijo. Su mirada lo alcanza más allá del horizonte cuando el hijo parte con el corazón hecho jirones de desencuentros, desafectos y rechazos. Al encuentro digo, de su Padre. “Ya no merezco ser su hijo”, repetía en su interior.

Y al Padre, al verlo, se le remueven las entrañas, se le revienta el corazón. ¡Es su hijo! Basta. Dios es fiesta. Una fiesta con paréntesis: Nuestras ausencias, frialdades, lejanías. Y el paréntesis se abre de nuevo a nuestro regreso. Dios es un corazón “en fiesta” que nos espera siempre, que no nos quita su mirada, que no tiene reclamos para hacernos, que no nos pide cuentas. ¡Sus manos siempre abiertas!

Es una fiesta que se viste de novedad: Traje nuevo, sandalias nuevas, anillo nuevo, corazón nuevo. Sólo falta el hermano mayor. Es un hijo de obediencia calculada. Es frío, sin corazón, sin sangre que hierva a borbotones cuando su hermano prende motores de conversión y el Padre reinventa su corazón de fiesta al encuentro de su hijo perdido y, ahora resucitado, vuelto a la vida. Todos tenemos la posibilidad de participar de esta fiesta prendiendo el corazón.

Cochabamba 27.03.22

jesús e. osorno g. mxy

jesus.osornog@gmail.com